

Los SALOMA

un evangelio indígena en las selvas del Mato Grosso

Bartolomeu Melillo, s.j.

CEDI - P. I. B.  
DATA 10/11/86  
ENVOI

A vista de pájaro, tal como la vió por primera vez el piloto de la Missão Anchieta, aquella aldea tenía la forma de una estrella un tanto irregular. Siete largas casas de planta rectangular estaban dispuestas radialmente alrededor de una plaza de blanca arena. Una casa, menor pero más alta, se distinguía de las demás por su estructura cónica. Como brazos de un pulpo, numerosos senderos salían de la aldea y se perdían en la selva próxima a la que llegaban después de atravesar algunos campos de cultivo.

Los indios que habitaban esta aldea nunca antes habían sido contactados, que se supiera.

El 23 de noviembre, dos padres de la misma Missão Anchieta realizaban un sobrevuelo de la región para determinar mejor la localización exacta de aquel poblado de indios desconocidos. Por el lugar donde se encontraba la aldea podía tratarse de una parcialidad de indios Nambikuara todavía aislados, y por lo tanto libres. La aldea y los campos de cultivo estaban situados en la margen izquierda del río Juruena entre los ríos Juina y Camararé, entre los paralelos 12° y 13°.

La decisión de ir en su busca y establecer un contacto con ellos era una empresa llena de riesgos. Este pueblo, sea cual fuere, tenía derecho a su autonomía secular. Más escépticos que en tiempos pasados, desconfiamos de los beneficios que pueda llevarles a un pueblo primitivo nuestra supuesta civilización. Valía la pena violar aquel misterio de siglos en el que seguramente no faltaba ni abundancia material ni humanidad ni vida espiritual? Por qué no dejarles en paz?

Una nación en una aldea

Este era el punto crítico: dejarlos en paz. Las tierras del Mato Grosso estaban siendo invadidas y tomadas de asalto por ganaderos y agricultores o simples especuladores de tierras. El contacto indiscriminado con estas frentes de expansión pionera podía producirse el día menos pensado. De hombres sin ley y sin escrúpulos, o ignorantes y llenos de prejuicios contra los indios, sólo se puede esperar consecuencias fatales para los indios, víctimas de ataques armados, de enfermedades, de vicios y de humillaciones. Establecer un contacto respetuoso y amigo para prevenir y adelantarse a otros contactos indeseables, era lo que podía justificar una expedición hacia aquel pueblo.

Fue el 28 de julio de 1974 cuando los jesuitas Thomaz de Aquino Tibbôa y Vicente Cãñas junto con indios iranxe, rikkaktsa y nambikuara entraron en contacto con aquella nueva nación.

Las páginas del diario del padre Thomaz son insustituibles para describir ese primer encuentro.

"Hacia las cuatro de la tarde llegamos a un gran terreno abier-

to. Era una roza nueva, de sola mandioca. Escuchando bien, pudimos oír el golpear del mortero. Tapema, cacique rikbaktsa, adelantándose al grupo, verificó que se trataba realmente de una gran aldea. Y había muchos rastros bien recientes....

Proseguimos cautelosamente y llegamos a unos veinte metros del patio de la aldea. Escuchamos perfectamente el llanto de un niño.

Tapema y Roberto escucharon las palabras de una mujer, pero no entendieron nada. Así que los nuevos indios no eran rikbaktsa ni nam-bikuara.

Tan cerca de la aldea, y el grupo quedó indeciso sobre qué hacer, porque parecía que en la aldea sólo había mujeres y niños.

Estábamos así, parados, cuando una indiecita, saliendo de una de las malocas, vio el grupo y corrió. Inseguida, percibiendo que ya no tenía sentido quedar parados allí, pues habíamos sido vistos, dijo en alta voz: Buenas tardes!

Hubo tal correería en la aldea, de mujeres y niños hacia la selva, que quedamos con recelo de un ataque. Pasados, sin embargo, aquellos instantes de indecisión, continuamos en dirección del patio y solamente encontramos un indio paralítico, de mediana edad, que no había conseguido huir. Este, viéndonos, hizo señal para que nos aproximásemos.

Nos acercamos y verificamos que estaba muy emocionado, temblando de miedo. Para sacarle aquella impresión de terror, nos sentamos a sus pies, colocando en el suelo los machetes y las hachas.

Poco a poco, el indio recobró la calma, maravillado con los presentes. Hablaba mucho y gesticulaba. Deduje entonces, por todo lo que iba observando, que el nuevo grupo indígena parecía ser aruak: estilo de las malocas, la casa de las Flautas, la cadencia de la lengua! Hasta aquí las notas de aquel primer encuentro.

En el segundo encuentro, una luna después, en setiembre, gracias a la ayuda de intérpretes de la nación paresí, también de lengua aruak, quedó establecido que la autodenominación de aquellos indios es la de SALUMÁ.

Otras visitas a los Salumá se sucedieron periódicamente. El hermano Vicente pasó a convivir con ellos por tiempos más largos acompañado de una enfermera de la Operación Anchieta, Teresa Weber.

La presencia de los "blancos" no dejaba de ser novedad, pero eran siempre recibidos con la más sincera hospitalidad.

Fue así como entré en la vida salumá en abril de 1978, introducido por el hermano Vicente. Y desde entonces he entrado en un largo camino de aprendizaje y llamado a conversión.

Los Salumá alternan sus actividades económicas de agricultura con las de la pesca y recolección de miel silvestre. De este modo alternan también la vida de aldea con la de los campamentos.

Los conocí por primera vez en uno de estos campamentos de pesca, donde estaban diecinueve hombres y muchachos, sin ninguna mujer;

Ahí estaban los Salumã, junto al río, cuernos robustos y bien formados, rebosantes de alegría. Por la tarde, después del último baño, los jóvenes sobre todo, gustan de pintar su cuerno con el rojo tinte del urucú. En otras ocasiones hacen uso del negro azulado del genipano para pinturas corporales que no se borran durante días. Gustan también de adornarse con collares, de semillas, de trozos de concha trabajados en forma de diente de caballo, de plumas. El collar más típico de los Salumã son dos dientes de tigre o de jabalí sujetos en un cordón de algodón del que penden otros colgantes de coco de tucum y plumas engastadas en ellos. En las orejas agujereadas llevan arandelas del mismo tucum y pendientes de conchas de forma tria triangular; otros colocan "flores" de plumas. Cintas de algodón aprietan fuertemente los bíceps, las piernas sobre la pantorrilla y junto a los tobillos. Las vendas de los tobillos son bastante anchas. Desnudos sólo aparentemente y para una mirada "occidental"; el miembro viril, en efecto, es atarrado mediante un pequeño canuto hecho con una hoja de palma y queda retenido dentro del cuerpo cavernoso. Desprenderse de esa pajita es considerado una entera falta de pudor.

Los Salumã van a sus carpamentos de pesca todos los años por la misma época. Es en marzo y abril, al fin de la temporada de lluvias, cuando los peces bajan de las cabeceras de los ríos hacia los de más caudal. El río Olowiná, afluente del Jurumã, había sido cerrado, como de costumbre, con una represa de troncos, palos y ramas. Varias decenas de nasas estaban colocadas contra la pared de esta represa, falsos agujeros en los que los peces quedaban atrapados. La retirada del pescado, tres veces por día, era generalmente abundante. El pescado, limpio de sus tripas, era "moqueado", es decir, asado a fuego lento y así conservado. Poco a poco aumentaba la cantidad de pescado seco y ennegrecido. Era ya tiempo de volver hacia la aldea. Por lo demás la pesca diaria se tornaba cada día más escasa.

La vuelta de los Salumã y la llegada a la aldea se cumple según un ritual preciso, lleno sin duda de significado, que yo capto sólo muy superficialmente. Es la fiesta, al parecer, de la reciprocidad de dones; chicha de mandioca, sopa de batata y maíz, pescado asado y sopa de pescado eran distribuidos generosamente todos los días, casi siempre durante los mismos rituales.

### Los "benedictinos" de la selva

Cada mañana me despierto maravillado por la fidelidad de este pueblo a su ritual de siempre. Días y días, durante meses, en plena noche, se escucha una flauta y el convite para la danza. Se encienden las fogatas, una, dos, tres o cuatro, según los grupos rituales de aquel día. Los hombres acuden con sus adornos de plumas y rafia de

palmera burití.

Comienza la danza alrededor de los fuegos. Aun en el trópico la noche es fría. Avanzamos sobre el pie derecho, que golpea el suelo. El ritmo viene todavía más marcado con el sonido de las sonajas atadas en la misma pierna derecha.

Suenan las flautas de diversos tipos y con melodías diferentes según los grupos. Los Salumã conocen más de doce tipos de flautas, casi todas ellas confeccionadas con cañas de tacuara. La danza se prolonga durante horas; con intervalos bastante regulares se suceden los tiempos de toque de flauta y los tiempos de canto. A veces tengo la impresión de escuchar salmodias medievales.

La danza es interrumpida generalmente cuando el sol ya está alto. Enseguida los hombres van a trabajar a los campos cercanos donde cultivan la mandioca. Las mujeres y niños van también para arrancar y traer buenas cargas de mandioca para la chicha del día siguiente. Algunos van a pescar con anzuelos, cazar o procurar miel. De tarde prosigue la danza.

En ciertas ocasiones algunas mujeres entran también en la danza ritual. El cabello liso, bien peinado, cae largo sobre las espaldas. Van cargadas de muchos collares, prestados por sus parientes. Mientras danzan, cogidas del brazo de dos acompañantes, se mantienen serias, la vista baja, un poco rígidas, moviendo apenas los pies según el ritmo.

Para los Salumã la danza no es nunca un espectáculo propiamente, sino un modo de participación. Distribución de alimentos viene casi siempre incluida en estos rituales.

Los únicos animales que domestican son los papagayos. Mediante una singular operación conocida técnicamente como tapiragem, los Salumã consiguen de ellos plumas amarillas con una mancha roja en el medio, que les sirven para confeccionar sus preciadas diademas.

Hasta hoy, después de ocho años de su "descubrimiento", la vida salumã transcurre según las pautas tradicionales. A la vida de aldea suceden las temporadas más o menos prolongadas en los campamentos junto a los cuales se da el cultivo más intensivo del maíz y la batata. A veces la aldea queda completamente desierta durante semanas.

Ha habido algunos contactos con otras tribus y con población brasileña del río Juruena, sin mayores problemas. Su territorio está relativamente protegido. Claro que pueden todavía surgir muchas sorpresas.

De un pueblo que reza durante ocho, diez y más horas por día, sólo se puede esperar lo mejor. Quienes estamos en contacto con los Salumã nos sentimos evangelizados por ellos.